

EL PORVENIR DEL OBRERO

Mi Majestad no vota

Días pasados *El Liberal* de Barcelona publicó un artículo tomado de su homónimo de Madrid, titulado «Quijotes y Sanchos», en que censuraba la apatía de los electores, y muy particularmente la abstención electoral de los trabajadores, de quienes decía que eran unos ingratos con los republicanos que tan bien les quieren y tantas cosas buenas les han de traer con su república.

Fundado en la buena acogida que en otras ocasiones he hallado en aquel diario, quise en el mismo justificarme ante la acusación inmerecida de ingratitud, por la parte que me toca, pensando que mi justificación podrían ampliarla muchos para sí, pero mi escrito fué rechazado y aun perdido, y para no perder el trabajo, le reconstituyo en parte y dedico á EL PORVENIR DEL OBRERO, deseando ser grato á su director mi buen amigo y compañero encerrado en una cárcel. Decía:

No he votado nunca á la implantación del sufragio universal era ya mayor de edad, pero antes de las elecciones de las constituyentes de 1869 conocí á Fanelli, el Santiago del Proletariado emancipador de España, y comprendí que tenía algo mejor que hacer que confundirme en esa masa que sirve de fundamento á la ficción denominada «soberanía popular.»

Nunca me he dejado timar por candidatos ni por oficiales de la política que se me acercaban dándome el título de *mi majestad* como parte integrante del pueblo soberano. Nada, pues, tengo que ver con la apatía electorera, ni nadie puede acusarme de abstencionista, ya que á la política no he opuesto la negligencia ni la abstención, sino la negación anarquista.

Dedicado desde entonces á la organización y propaganda del proletariado para alcanzar la socialización de los medios de producir juntos con la equitativa distribución de los productos, y considerando á la burguesía como usurpadora y detentadora de esos medios y de esos productos que constituyen el patrimonio universal, lo de todos, ¿qué podía tener de común con esos partidos, que consideran al trabajador como un inferior condenado á salario perpetuo?

Si creyera, con los liberales más ó menos radicales, que el progreso consiste únicamente en una serie de reformas en sentido cada vez más liberal, implantadas por las mayorías parlamentarias, no me hubiera abstenido jamás, y considero que todo abstencionista que no ha podido en su juicio dar á la acracia el valor de una aspiración racional y práctica no tiene justificación posible; mas como veo que la razón, la verdad y la justicia están siempre en minoría,

que el parlamentarismo es un juego de comedones en que predominan los intereses particulares sobre los generales y que la política, en el gobierno como en la oposición y hasta en los programas más radicales, no es nunca precursora sino rezagada cuando no rémora, me aparto de ella como de lo reconocidamente inservible y hasta perjudicial para tan gran fin como es el progreso humano.

Hay todavía una razón más: la burguesía, que, según la expresión bíblica, donde tiene su tesoro allí está su corazón, está incapacitada para concebir un estado social que dé amplia satisfacción al derecho inmanente personificado en todo ser humano, y por una razón de equidad suprema y perfectamente natural, lo que no pueden hacer los ricos por aquello del camello y del ojo de la aguja, lo han de hacer los pobres, y lo van haciendo, y lo harán definitivamente, á menos que un cataclismo mundial trastorne el planeta que habitamos.

Conque déjese tranquilos á los trabajadores antipolíticos que cumplen su misión humanitaria y progresiva á su manera, y conténtense los candidatos con aprovechar esos otros trabajadores más sensibles á la retórica que á la razón y á la realidad de su triste situación de desheredados; con ellos, con los votos comprados, con los manejos caciquiles y sobre todo con el encasillado central y los pucherazos de última hora todavía puede ir tirando ese Estado que garantiza á propietarios y capitalistas el goce de ese derecho de accesión que establecieron los romanos sobre los esclavos y por el que todavía en lo presente se despoja á los trabajadores del fruto de su trabajo. Vote, pues el crédulo que confía en su infinitesimal participación en la soberanía del pueblo, que yo al *Homo sibi Deus* de Pí y Margall me atengo, y por eso no he votado, ni voto, ni votaré.

ANSELMO LORENZO

Parábola de nuestro tiempo

El oficial panadero, un hércules, salió de la tahona llevando bajo el brazo el pan que era una parte de su salario.

Caminaba, siguiendo la avenida, en la oscuridad de una mañana de invierno, cruzándose con otros obreros que volvían á sus talleres.

Iba á tomar una calle cuando un travieso enano, bien vestido, manos blancas, mirada equívoca y que parecía espiar su paso desde hacía algunos minutos, cogió el pan y se lo quitó.

Un fenómeno extraño se produjo entonces. El hércules se puso á temblar por todo el cuerpo; tanto miedo parecía inspirarle el enano, y hasta respeto, se puede decir; á pesar del robo.

Sin embargo, habiéndose tranquilizado

un poco, reprimió tímidamente al enano, que se había instalado cómodamente en un banco y se comía el pan sonriendo irónicamente.

Los gritos del robado habían atraído la multitud, que, contra su costumbre, se abstuvo de atacar al ladrón.

Fué tal vez porque éste no era un ladrón ordinario, un merodeador, y porque tenía aspecto de rico.

Fué tal vez también porque la desproporción de fuerzas entre los dos adversarios era tan grande que todos creían que el mayor podría fácilmente recobrar la posesión de su pan, si le daba la gana.

Fué tal vez por esto, á menos que no fuese por otra razón: es tan compleja el alma de las multitudes!

—Sí, afirmaba el hércules, tú sabes bien que no tienes derecho de quitarme el pan... Tú no tenías ese derecho, miserable!

El enano continuaba tragando y no se detenía sino para reír cínicamente.

—Tú lo crees así, respondía; en todo caso yo he tenido la fuerza.

La escena era ridículamente lastimosa. La gente reía.

Pero el hércules no comprendía, sin duda puesto que de nuevo afirmaba, dirigiéndose al auditorio:

—Tendrá que devolverme el pan, porque el derecho está de mi parte.

Un hombre separóse de la multitud y le dijo:

—Tú tienes el aspecto de hombre fuerte, y podrías tomarle el pan tú mismo... y en seguida, pues de otro modo no quedará ni un mendrugo.

—Ah! respondía el panadero ¿y de cuándo acá un hombre honrado, un buen ciudadano se toma la justicia por sí mismo, por la fuerza?

—No es una razón para que tú no lo hagas. Toma ejemplo de ese pequeño, amigo, así es como él se arregla.

—No, no, gritó la multitud que tampoco era una multitud ordinaria.

Era en efecto una multitud *modernista* que había enviado para que la representase en el Parlamento á un «soldado del derecho.»

—No, no; no debe uno tomarse la justicia por sí mismo.

—Majaderos, dijo el hombre indignado, dejadme obligarle á que devuelva á ese tonto el pedazo de pan que aun queda. El padece hambre, mientras ese holgazán come el pan que él ha fabricado.

Pero un grupo de «valerosos ciudadanos» le impedían obrar. La multitud comenzaba á gritar. Trataban á aquel hombre de anarquista, de bandido, de salvaje. Rostros congestionados lanzaban injurias y se alzaban los puños sobre él, que hacía frente al motín.

Entretanto, el enano, que tenía «estómago», había concluido totalmente con el pan, y después, gracias al tumulto, habría desaparecido. El panadero sentía punzadas de hambre. Por fin, sentóse en el banco que había dejado el otro y murmuró:

—No tenía derecho... no, seguramente, no tenía derecho... Pero hay una Justicia!

El anarquista, que se iba con aire de disgusto, le gritó:

—Cobarde, imbécil, no mereces otra cosa.

Con la última mirada dominó esta escena: el banco estaba sombreado por un olmo, bajo el cual pacientemente esperaba el hércules á la Justicia.

MANUEL DEVALDÉS

(Le Libertaire)

La Cruz

En el pecho de los cruzados de todas clases, desde los de Godofredo hasta los Templarios y los caballeros monástico-militares, no hizo más que alentar á la matanza; si en el altar parecía signo de perdón, en el puño de la espada era impulso para carnicerías de verdugos. Después cubrió con su presencia como pabellón ó patente de corso, las iniquidades de los grandes; se mezcló entre los extravagantes signos heráldicos del orgullo de clase; jella, símbolo de igualdad universal ante el Padre común!, y fué premio, más que de acciones heroicas, de rastroterías cortesanas, de infamias sangrientas, de conquistas usupadoras y de servicios inconfesables.

En manos de la Inquisición presidió todas sus torturas, oyó los lamentos desgarradores de las víctimas y fué una señal de horrores monstruosos que iba dejando la desolación, el atraso y la miseria por doquiera que pasaba. Ningún acto infame de los llamados autos de fe, dispuestos por avarientos é insaciables incrédulos, dejó de verificarse ante la cruz, la cruz verde de los inquisidores.

JOSÉ FERRÁNDIZ
Presbítero

Fracmento

.....Un sugeto, hombre de cabeza y de puños, descubre una roca que domina un desfiladero, entre dos fértiles valles: se instala y se fortifica allí. El sugeto cae de improviso sobre los pasantes, asesina á algunos y saquea al mayor número. Es poderoso, luego tiene derecho. Los viajeros que no quieren ser atropellados se quedan en casa ó dan un gran rodeo para evitar el peligro. El bandido, abandonado en la soledad, piensa que en esa situación morirá de hambre, si no entra en componendas. Si los peatones reconocen su derecho sobre el camino público, podrán salvar el mal paso pagando peage. El pacto está concluído y el señor, que ya es tal, se enriquece.

Pero un segundo héroe, encontrando lucrativo el oficio, se instala en la roca de enfrente. También él roba y mata, establece sus derechos. Así diezma las rentas del colono, el cual frunce el entrecejo y gruñe en su reducto, pero reflexiona sobre los fuertes puños del competidor. Corsario contra corsario jamás fué buen negocio. Se resigna con lo que no puede evitar, le pide parlamento; se pagaba al primero, pues que se pague también al segundo: es preciso que todo el mundo viva.

Sobreviene otro ladrón que se instala en otra vuelta del camino; desde lo alto de su refugio anuncia que también él quiere cobrar. Esta pretensión ofusca á los mayores, que comprenden que sus ingresos van á disminuir, pues si exigen tres sueldos al viajero que sólo dispone de dos, preferirá quedarse en casa más bien que exponerse á perder su persona y equipajes. Nuestros economistas al modo de Diego Corrientes y Juan Portela se arrojan sobre el intruso, le amenazan y maltratan, le obligan á abandonar su guarida. Luego exigen dos sueldos más, como justa remuneración á la pena que se han dado expulsando al expoliador, legítima recompensa á las molestias que les ocasiona impedir su regreso. Los dos señores llegados á ser más ricos y poderosos que antes, se llamarán en lo sucesivo «Dueños del Desfiladero, Vigilantes de las Carreteras Nacionales, Defensores de la Industria, Protectores de la Agricultura, etc.», nom-

bres todos que el cándido pueblo repite con delicia. Pues al pueblo le gusta ser lapidado so pretexto de protección y parece complacerse en pagar tributos á los vivos que saben arreglarse.

Así es como ¡oh, ingenio humano! el bandolerismo se regulariza, se ensancha, y desenvuelve, se transforma en mecanismo de orden público. La institución del robo, que no es lo que el vano pueblo cree, hizo nacer la propiedad y la policía. La autoridad política que se nos daba, ayer aún, como emanación del derecho divino y bendición de la Providencia, se constituyó poco á poco por los cuidados de los salteadores de caminos con patente, por los esfuerzos sistemáticos de malandrines, llamados hombres de experiencia. Los gendarmes han sido educados y formados por los bravos que, provistos de un palo nudoso, rodaban por los confines del bosque, y, saltando sobre el pasajero le gritaban: «¡La bolsa ó la vida!» El impuesto fué la suscripción, la prima que impusieron los ladrones á los robados. Contentos y agradecidos los esquilados se colocaron detrás de los Caballeros del Camino Real, los proclamaron Sostenedores del Orden, de la Religión, de la Familia, de la Propiedad y de la Moral; los consagraron Gobierno Legítimo. Ello fué un sorprendente acuerdo...

ELÍAS RECLUS

(Del libro *Les Primitifs* próximo á publicarse en castellano por un editor de Barcelona.)

De la República Argentina

Un querido compañero, á quien hizo emigrar la decadencia de la industria del calzado en esta ciudad, nos ha escrito una interesante carta, de la que copiamos los siguientes párrafos:

«... Del viaje sólo os diré cuatro palabras, porque si tuviera que explicaros minuciosamente todo lo que vimos y los sufrimientos y pesares que tuvimos que soportar durante los 40 días que empleamos para llegar á esa de Buenos Aires, sería tarea muy larga y vendría obligado á escribir más de lo que me he propuesto.

Después de habernos paseado catorce días por Barcelona, salimos de aquel puerto el 12 de octubre en el inolvidable vapor «José Gallard», dentro del cual pasamos cuarenta días que fueron muy largos y muy amargos, aunque tuvimos la suerte de no tropezar con ningún temporal y no sufrí ni una hora de mareo. Recorrimos casi toda la costa española y toda la portuguesa, visitando á Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz, Oporto y Vigo.

Los días más largos y pesados fueron los veinte que empleamos desde Vigo á Rio de Janeiro, de manera que uno tiene hora que reniega mil veces de haberse embarcado, al verse como perdido en medio del Océano, tan oprimido y maltratado, rodeado siempre de basura y de gente tan estúpida. El pasajero de tercera es considerado menos que un animal, y si supieran lo que se ha de pasar serían muchos los que no se embarcarían.

Buena parte del tiempo lo pasamos con un juego de lotería que habíamos comprado en Alicante, con lo que nos entretuvimos hasta llegar á Rio de Janeiro en cuya capital desembarcamos. El bote que nos pasó al muelle nos costó 2.000 reis á cada uno, la comida 6.000, y para dormir en malas condiciones 1.500. Todos esos miles de reis vienen á resultar unas 18 pesetas. Incluyendo otros pequeños gastos, nos vino á costar la fiesta poco más de cuatro duros. Lo mejor que encontramos fueron los refrescos de caña, pues delante de nosotros mismos por medio de una maquinilla se extraía el jugo que todos absorbíamos con gusto, pues además de ser bueno para el estómago era fresco al mismo tiempo.

Rio de Janeiro es una ciudad muy grande y hermosa y un puerto de mucha importancia; pero desgraciadamente es un país muy fanático en religión, con muchas iglesias y costumbres de otros tiempos en medio de la civilización moderna. En los paseos y jardines públicos, lo mismo que en los tranvías eléctricos, no hay entrada para los que no llevan cuello de camisa blanco y corbata; gracias que nosotros íbamos provistos de estos chismes y pudimos entrar en todas partes en calidad de burgueses.

De la capital brasileña salimos al cabo de cuarenta horas con rumbo hacia Santos, donde al llegar pusieron plancha y todos pudimos desembarcar de balde.

Santos es una población pequeña y el puerto es muy parecido al de Mahón; pero hay tanto comercio como en el de Barcelona, debido á que todos los productos que exporta é importa la ciudad de San Pablo tienen que ser embarcados y desembarcados en aquel puerto. Nos internamos por el campo y disfrutamos contemplando la exuberante vegetación, los hermosos árboles, para nosotros desconocidos. Aquel campo tan bello y el calor sofocante nos indicaban que nos hallábamos en una zona que no era la nuestra. De allí salimos á las veinte y cuatro horas muy satisfechos y provistos de frutos tropicales que nos duraron hasta Montevideo y Buenos Aires.

El 21 de Noviembre desembarcamos felizmente en esta capital, y luego de terminado un calvario tuvimos que empezar otro, porque el calzado de aquí es muy diferente del que se fabrica en Mahón y no tuvimos más remedio que aprender las nuevas costumbres.

Los primeros días son muy terribles para el recién llegado. Llega uno desfallecido, resultado de los sufrimientos del viaje, y al verse rodeado de tantos rostros desconocidos en medio de este movimiento extraordinario, hay sobrado motivo para asustarse, y más al ponerse á la banquillita para trabajar y verlo todo tan diferente que no sabe uno por donde coger las herramientas. No es de extrañar que la mayoría de los recién llegados en las primeras cartas pinten la cosa tan negra, y serían muchos que si Europa no estuviese tan lejos al cabo de pocos días huirían espantados.

Por esto en la carta que escribí á M dije que no convenía escribir enseguida, porque no es lo que á primera vista parece. Las dificultades que uno vé de momento para ganarse la vida no son más que apariencias. Una vez acostumbrado al trabajo de aquí resulta mucho más fácil y sobre todo más liviano que en Mahón.

No es la Argentina lo que muchos se figuran. Se puede vivir mejor que en España, si se trabaja muchas horas, con la ventaja de que el trabajo no cansa, porque como ya he dicho es muy liviano. Para un hombre joven y trabajador es muy conveniente la América, porque sabiendo arreglarse podrá comer bien.

El país argentino no es desagradable; pero no hay aquella tranquilidad y el desahogo que teneis en Mahón. Además, á cada momento uno tropieza con injusticias que el hombre de buenos sentimientos no puede presenciar sin indignarse. No faltan hombres ilustrados; pero los que más abundan son los hombres secos de corazón que han venido obsesionados por la idea de la fortuna y roban y asesinan de mil maneras.

En cuestión de ideas está el país muy atrasado. Se habla mucho de libertad y libertad hay de sobra para los explotadores, pero muy poca para los explotados. Los republicanos argentinos son como la mayoría de los republicanos españoles, que sólo sirven para aplaudir y para depositar candidaturas en las urnas. Pero los argentinos son más dichosos, pues mientras los españoles pierden el tiempo elevando á hombres que si llegan al poder serán quizá tan crueles como los monárquicos, los de aquí viven ya en República y á cada momento

exclaman. ¡aquí todo el mundo es libre! Y los infelices no saben lo que es libertad, ni la sienten tampoco, porque si lo supieran comprenderían que la libertad no es posible bajo ninguna forma de gobierno, pues habiendo gobernantes tiene que haber gobernados y éstos precisamente tienen que estar sujetos y obedientes á lo que manden los primeros.

Son también muy aficionados á la bebida, y cuando han apurado algunas copas y están medio borrachos entonces gritan vivas á la República, y la República ampara y protege á los curas que explotan la inconsciencia de los campesinos; la República ampara y protege los abusos que cometen los propietarios con los inquilinos, que vienen obligados á trabajar como bestias para enriquecerlos; la República ampara y protege á los comerciantes que envenenan al público con alimentos adulterados; la República, en fin, ampara y protege todo lo que impide el desarrollo y bienestar de la clase obrera.

Socialistas hay muchos también; pero son como los de Pablo Iglesias en España. Pueden hacer coro con los republicanos, pues no van más allá de las urnas y carecen de espíritu revolucionario.

Sin embargo, no deja de haber quien haga buen trabajo. Los grupos «Luz y Vida» y «Sin dios ni patria» se distinguen por su constancia y actividad. Algunos compañeros influyen con buena propaganda en las sociedades obreras y es de esperar que cada día sea mayor el desarrollo de los ideales redentores, á pesar de las leyes tiránicas y de los esfuerzos de los gobernantes.

Una prueba de lo que es este gobierno republicano la dió el día 6 de Enero prohibiendo el mitin «Pro Ferrer y Nakens» que prometía ser un acontecimiento grandioso, debido á la mucha propaganda que se había hecho, á la adhesión de todas las sociedades obreras argentinas y á los caracterizados oradores argentinos, italianos y españoles que habían de tomar parte. Se tomaron todas las precauciones para que la gran manifestación no se verificara. Patrullas de policías y guardia civil llenaban la plaza Lorea, calle Rivadavia y plaza Colón que eran los puntos designados para reunirse los manifestantes. La fuerza republicana desplegó todo su aparato, dispuesta á demostrar lo que vale la libertad del ciudadano cuando el gobierno quiere dar gusto á otro gobierno, á costa de los hombres libres de ambos países.

En cambio, el mismo día encontré en la plaza Once á un joven, un sinvergüenza pagado por jesuitas de bonete ó de levita, que propagaba la religión católica y ofendía con sus palabras á todos los liberales y especialmente á los herejes franceses, con motivo de la Ley de Separación. Pero allí no había policía ni nadie que tratase de contener al propagandista de la reacción. La fuerza republicana estaba empleada en hacer callar la voz de la verdad y del progreso.

¿Qué me decís de esta República?.....»

RAFAEL SINTES

Buenos Aires, 12 Febrero 1907

Hay que destruir

El sistema capitalista debe ser destruído si queremos que el bienestar sea posible sobre la tierra.

La sed de oro, la creciente ambición de los capitalistas causa diariamente un número de víctimas incalculable, impidiendo que nadie pueda ser dichoso, estorbando toda tranquilidad en los hombres, porque nos obliga á todos á luchar unos contra otros cruelmente por la vida, con lo cual no tenemos bienestar material ni paz moral.

El desarrollo del capitalismo, representado por el asombroso progreso de la maqui-

naria, está produciendo un aumento constante y alarmante de brazos parados. Actualmente los obreros que no tienen colocación son muchos miles, centenares de miles, un tanto por ciento enorme en el conjunto de la clase obrera. Estar parado quiere decir, desde luego, no tener jornal, que es lo mismo que no tener pan, ni casa, ni vestido, ni cuanto es necesario para la vida.

Al mismo tiempo que produce ese desastroso efecto de la sobra de brazos, produce también la carestía de las cosas que son necesarias al hombre, porque la industria y el comercio capitalistas no trabajan para proveer á las necesidades, sino para ganar dinero, de modo que cuando conviene á su negocio dejan de producir los industriales y los comerciantes de movilizar, ocasionando la carestía.

Así nuestra civilización se encuentra maleada por los mismos progresos que deberían ser provechosos para todos, aligerando el trabajo humano y produciendo lo necesario con abundancia. La maquinaria en manos de los hombres, de todos los hombres, sería un beneficio inmenso; pero la maquinaria monopolizada por los capitalistas, lo mismo que las tierras y todos los instrumentos del trabajo, es un castigo para la humanidad, porque deja sin medios de vida á una gran porción de hombres, que no pueden ser, porque no les dejan, ni productores ni consumidores.

El mal está, como decimos, en que la producción y el consumo no están dirigidos á su verdadero fin, que debería ser la satisfacción de todas las necesidades humanas, y además carecen absolutamente de orden y de organización.

Se nos dice que queremos destruir la sociedad, que somos fautores de desórdenes, que vamos al caos. Pero el caos y el desorden reinan en la sociedad presente, donde cada hombre lucha contra todos los demás hombres, sin tregua ni compasión, y el que es bueno, piadoso, se encuentra en situación de inferioridad respecto de los burgueses ladrones y asesinos que todo lo sacrificarían á su enriquecimiento.

Nosotros, por el contrario, aspiramos á una organización social de armonía y de paz, en que todos en común contribuyan á la producción de lo necesario y todos puedan también disfrutar de todos los productos que necesiten. Queremos sustituir la feroz competencia y la despiadada lucha por la vida, por la solidaridad y el apoyo mutuo. Que no se produzca para el dinero, sino para el hombre. Que no nos miremos como rivales y enemigos, sino como hermanos y colaboradores que se ayudan y se completan.

El sistema actual produce hambre, miseria, suicidios, guerras, intranquilidad, ruínas, odios, crímenes y desdichas de todo género. El sistema que nosotros exponemos y aspiramos curaría de raíz muchos males y haría que el bienestar fuese posible.

Pero para edificar es preciso primero allanar el terreno. Para establecer la sociedad nueva es preciso derribar la antigua. Por esto somos revolucionarios.

Queremos destruir el actual sistema capitalista, igual que el médico quiere destruir la enfermedad que agobia al enfermo.

El capitalismo es una dolencia terrible que la humanidad padece y cuyos síntomas la ambición desmedida y la crueldad de corazón que se manifiestan en los ricos que son dueños del mundo.

Los que proclaman hoy el orden y la paz social, quieren la conservación del hambre y de las guerras, quieren que el hombre rico continúe siendo un lobo para el hombre pobre, quieren que no podamos ser felices, y que tampoco podamos ser buenos. Esto es lo que quieren conservar y esto es lo que queremos destruir.

JUAN CUALQUIERA

No estoy conforme

En el artículo III de *Anarquismo*, J. Montegualdo hace apreciaciones sobre el comunismo é individualismo, con las cuales no estoy conforme, y como hijo de madre, se me permitirá el derecho de declararlo y de exponer brevemente lo que yo opino.

Yo no se lo que soy, porque hoy se llama anarquista cualquiera, y entre los que se lo llaman he tropezado con los que poseen todas aquellas debilidades de la actual sociedad, todo aquello que se combate dentro del ideal anarquista; pero creo que el comunismo ha sido una necesidad su predicación en España. Para convencerse de lo cual es preciso conocer la lucha que hubimos de sostener desde el año 84 al 90, en que los colectivistas, numerosísimos la primera fecha, quedaron reducidos á media docena en la segunda.

La teoría de Montegualdo no es nueva, pues ya del 88 al 90 la predicó *El Productor* con el fin de unirnos bajo el nombre de anarquistas á colectivistas y comunistas; y puede decirse que si no prevaleció la idea, desde el 93 ó 94 no se han vuelto á publicar periódicos con el adjetivo de comunistas, y si hoy salen estas cuestiones á público se debe á que unos vencidos en la lucha, acaso sin luchar, se presentan hoy como propagadores de un ideal que ellos son los primeros en desnaturalizar y que nadie se acordaría de ellos sin algún apoyo extraño para dividirnos.

Anarquía negación de autoridad, pudiera, si se hubiera puesto en el sentido que el articulista quiere darle, pasar por un principio sin necesidad de adjetivaciones, pero divididos los hombres y hasta las palabras, la anarquía sólo se la reconoce como negación de la autoridad gubernamental, pues el burgués pesa sobre nosotros los obreros más que el policía, que el alcalde, que el juez, que el ministro, que el rey. Y el burgués no nos puede encarcelar, no nos puede condenar, no nos puede ahorcar, ni siquiera nos puede levantar la mano; si nos la levantara, la *autoridad* lo *castigaría*, aunque con mano más suave.

Quitad á ese burgués su capital, sus haciendas, y no lo temeréis; por lo general será más desgraciado que vosotros; luego es el capital lo que pesa sobre nosotros, y el capital no es el gobierno, no es la autoridad, pero pesa más sobre nosotros porque atañe á nuestros estómagos, sin cuya satisfacción no hay libertad posible.

El comunismo anarquista es la negación de la propiedad individual como la Anarquía es la negación de la autoridad, siendo uno el complemento de la otra.

Anarquía, negación de autoridad, y reconocemos que pudo dársele la latitud negativa que Montegualdo pretende, pero sólo se la ha mirado en el sentido de política, como la evolución de la autoridad, ó como el fracaso de la autoridad y de la política, como el comunismo es la negación de la autoridad, económica, del capital, de la propiedad, es el resultado del fracaso de la propiedad ó como evolución de la propiedad.

O la Anarquía ha de sintetizar el comunismo ó forzosamente no se puede prescindir de él y lo que hace diez y siete años estampamos en la cabeza de un periódico sostenemos hoy y es que «la libertad política no puede ser sin la libertad económica»; luego, como hemos dicho, ó la Anarquía, sintetiza el comunismo, ó el comunismo, no sólo tiene razón de ser sino que es el complemento de la Anarquía.

Respecto al individualismo no tengo por que meterme, pues su colorario lo hallará dentro del comunismo; y el que hoy se predica en España es la tergiversación mayor que de él puede hacerse. Las predicas de sus apóstoles, de conducta bien discutible, no tienen otro objeto que alargar la vida de la actual sociedad, que tan cara nos cuesta.

V. GARCIA

Contra la ignorancia

Todos somos amantes de la instrucción. Hasta los burgueses que sólo aprendieron á robar y que echan sus cuentas por los dedos quieren pertenecer á la clase ilustrada.

Las excepciones en teoría son pocas. Sólo por descuido pudo el diario conservador poner de manifiesto que los electores monárquicos no saben lo que votan y si alguno se encuentra en el bolsillo dos papeletas en el momento de votar, tiene que dejarlo y volver á casa del amo para que le diga cuál es la buena. Esos electores analfabetos son los únicos que pueden votar en conciencia candidatos como el que tratan de imponer los ridículos é ignorantes aristócratas de Ciudadela. Si aquéllos necesitan que les lean la candidatura, el candidato en cambio necesita que le agarren la mano para firmar. ¿A quién representará ese hombre? ¿A la ciencia? ¿A la virtud? Seguramente nos dirán que representa á las clases ilustradas.

Ese candidato y esos electores son un símbolo. Representan lo que los conservadores y reaccionarios quieren que sea la instrucción popular. Representan el pasado, cuando los magnates consideraban indecoroso el saber leer y cuando el pueblo no sabía ni entendía más que lo que el cura quería y podía explicar desde el púlpito.

En aquellos benditos tiempos, que aun duran para muchos, el saber era una cosa diabólica y el pensar un camino para el infierno. Por esto se apartaba á los trabajadores de las escuelas, mejor dicho, no había escuelas, para que no pudiesen ir los trabajadores, y en cambio se les hacía trabajar muchas horas, y por la noche, cuando volvían cansados de la faena, mientras esperaban la cena ó enseguida de cenar, para que no se entretuviesen conversando agradablemente y se despertasen unos á otros, se les obligaba al monótono sonsonete del rosario y á la estupidez de letanías incomprensibles, para que la rutina y la incomprensión adormeciesen los cerebros, incapacitándolos para todo pensamiento.

En muchos pueblos, en casi todos, en la misma plaza, frente á la iglesia, se alzaba la taberna, que el cura toleraba, por más que alguna vez predicase contra ella; pero no la cerraba, ni perseguía á los envenenadores por el alcohol como á los pensadores á quienes llamaba herejes.

A fuerza de mucho trabajo, sermones, borracheras, rosarios y letanías, no podía

ser más feliz la vida de nuestros antepasados. Ellos nada sabían; el pecado del orgullo no les podía entrar por la mucha ciencia; pero tampoco podían comer: la carne era manjar para los ricos y el pan de trigo era un lujo; hierbas y legumbres, y no mucho, para que no se los llevase al infierno el demonio de la gula. En cambio el vino era barato, el vino que no alimenta y que embrutece, rematando la acción del cura y de los rosarios y letanías.

Así es como quieren al pueblo los conservadores: trabajando mucho para ellos y comiendo poco; vistiendo mal, para que no se confundan las clases ni el pobre pueda parecerse al rico siquiera en lo externo; habitando en pocilgas sin luz y sin aire, para que luzca más el vecino palacio en que el rico oculta sus vicios, pero no su ciencia, porque en esos grandes caserones hay mucha vanidad, pero no hay libros ni nada que indique la habitación de personas cultas.

De los tiempos aquellos se cuenta, y viven quienes lo han visto, que cuando un señor llegaba á saber que un jornalero comía un día extraordinario algo mejor que las legumbres acostumbradas, le reñía y se lo quitaba, porque «no era comida para pobres».

Ciertamente para esa vida de los buenos tiempos antiguos no hacía falta ciencia ni conocimiento. Cuanto más brutos fuesen unos y otros más en armonía estaban con las costumbres de la época.

Ahora dicen que todo ha variado, allá, en otros países; pero aquí sólo se quiere que varíen las palabras; pero, el hecho, ó sea, el orgullo arriba, la miseria abajo y la ignorancia en todas partes, esto lo quieren siempre inmutable.

Por esto mienten los reaccionarios cuando dicen que ellos también procuran la instrucción del pueblo; mienten, porque saben que si el pueblo fuese instruido sería fuerte, y entonces no les toleraría de ningún modo, porque un pueblo instruido y fuerte sería un pueblo decididamente revolucionario.

El pueblo se instruirá, no hay duda, pero no lo deberá á las clases directoras, sino á su propio esfuerzo, porque los trabajadores conscientes luchan por su instrucción al mismo tiempo que por mejorar sus condiciones de vida y por derribar el actual régimen de tiranía, de explotación y de ignorancia.

N. P.

ECOS Y COMENTARIOS

Profundamente agradecidos á cuantos periódicos de todas las ideas se han ocupado en las denuncias que hemos sufrido y en la prisión de nuestro director J. Mir y del compañero Blázquez de Pedro.

Parece que éste no saldrá por ahora de Béjar, donde se halla encarcelado y á disposición de la Audiencia de Baleares.

Los amigos que nos escriben para alentarnos reciban también el público testimonio de nuestra gratitud.

Creemos que los corresponsales se fijarían en el suelto que publicamos en el número anterior.

No repetiremos nuestras peticiones; pero es preciso, si ha de haber prensa obrera independiente, que los compañeros se fijen y comprendan que un periódico nuestro no es una empresa de negocio, sino un esfuerzo que se ha de realizar entre muchos, unos para el trabajo de escribirlo, otros para sostenerlo. Sin la solidaridad de todos no es posible que los periódicos vivan; y así hemos visto aparecer y desaparecer tantos en casi todas las provincias españolas.

Nosotros hemos sostenido el nuestro durante años, á pesar de todo, peligrando más por el descuido de los amigos que por la ira de los contrarios. Sin embargo, habíamos evitado el quejarnos. También ahora resistiremos hasta donde podamos, y si llegamos á caer, caeremos satisfechos de nuestra obra y dispuestos á emprenderla de nuevo cuando se presente la ocasión.

Varios compañeros de Cullera han organizado un grupo pedagógico, cuyo primer acto de propaganda consistirá en una conferencia en pró de la enseñanza racional, de la queda encargado el profesor de la Escuela Moderna de Valencia, Samuel Torner.

Los compañeros de Lérida que quieran adquirir la prensa libertaria pueden dirigirse al kiosko del Café de España situado en la calle Mayor de dicha ciudad.

El representante en esta ciudad de *La Fortuna*, asociación mutua para pensiones vitalicias que tiene su domicilio social en Valladolid, nos ha dado á conocer los Estatutos de la misma, de que podrán informarse siempre que gusten nuestros lectores.

Agradecemos su fineza á dicho representante, que es don Félix Ortega, calle Isabel II, 36, Mahón.

Con los nombres de Liberto y Germinal ha sido inscrito en el Registro civil de Lérida un hijo de los compañeros Antonia Murciana y José Ribera.

Con este ya son dos los niños que se han librado del remojón bautismal en aquella ciudad.

CORRESPONDENCIA

Almatret.—J. F. P. Enviamos folletos.

Lérida.—A. M. Damos por recibidas las siete pesetas que dices has enviado á *Tierra y Libertad*.

Monóvar.—J. G. Recibido 5'50 pesetas. Quedan á nuestro favor 1'50 pesetas.

Cullera.—P. G. Recibido 10 pesetas; de ellas dos para *Tierra y Libertad*. Conforme con liquidación.

Ferrol.—F. G. Damos por recibidas las 4 pesetas que dices has enviado á *Tierra y Libertad*.

Habana.—J. G. Recibido 55 pesetas. Cumpliremos tus encargos. Escribimos.

Ubeda.—«Biblioteca Económica». Cobrad de nuestro corresponsal en esa 2'90 pesetas que nos ha enviado para vosotros J. G. de Habana.

Barcelona.—*Tierra y Libertad*. Tenemos para el extraordinario 0'50 pesetas de M. P. y A. S. de San Luís.